

minadas preferencias respecto a las cosas, conforme a un orden socialmente convenido» («Retrospectiva de mis últimos XXV años», en *Atlántida* 13, 1993, 92).

En el ámbito del Derecho privado, han sido importantes sus aportaciones al Derecho canónico (a pesar de que su monumental *Introducción civil al Derecho canónico* permanece inédita) y al Derecho civil, particularmente en el ámbito del Derecho navarro, como redactor y comentarista del Fuero Nuevo de Navarra de 1973, que brilla por su *elegantia iuris*, su precisión y su respeto a la tradición jurídica navarra.

Sus servicios como universitario fueron oficialmente reconocidos con el Premio Nacional de Investigación (1972); con la concesión de la Cruz de Alfonso X el Sabio al mérito docente (1974), con la concesión de la «Medalla de Oro» de la Universidad de Navarra (1990), el Premio de Humanidades y Ciencias Sociales de la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza (1996); la Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort (1998) y el Premio Príncipe de Viana de Cultura (1999). En 1987, sus amigos y colegas le ofrecieron unos estudios en homenaje (*Estudios en honor de Álvaro d'Ors*, 2 vols., Pamplona, 1987), donde puede verse (pp. 35-86) una relación de publicaciones hasta la fecha (más de quinientos títulos).

Álvaro d'Ors perteneció al Instituto Lombardo de Milán; al Instituto Arqueológico alemán; a la Sociedad de Estudios Romanos, a la Société d'Histoire du Droit de París, a la Sociedad Argentina de Derecho Romano; a la Academia de Legislación de Toulouse y a la Academia Portuguesa de Historia. Aparte del consejo de redacción del *Anuario*, formó parte también del consejo de redacción de la revista española *Emerita*, de la italiana *IVRA*, de la belga *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* y de la revista chilena *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*. Fue recibido como doctor *honoris causa* por las universidades de Toulouse (1972), Coimbra (1983) y Roma-La Sapienza (1996).

Con ser muchos sus méritos científicos, fue don Álvaro sobre todo un universitario enamorado apasionadamente de la grandeza y servidumbre de su oficio cotidiano por cuanto le ofrecía constantes ocasiones de servir a los demás. Para d'Ors amar era servir, y servir, amar. Por eso, ya en sus años compostelanos, vio en la tierna figura del borrico de noria un modelo de vida. En el prefacio de sus *Catalipómenos (pro manuscripto)* dejó escritos estos versos:

Borrico de noria fui
y, con mi anhelo,
tantísimas vueltas di,
que pronto espero,
diciendo al Señor que sí,
verme en el Cielo.

RAFAEL DOMINGO

ALBERTO GARCÍA ULECIA: OFICIO DE HISTORIADOR, OFICIO DE POETA

(*Sevilla, mayo de 2004*)

Alberto García Ulecia, catedrático de Historia del Derecho Español en la Facultad de Derecho de Jerez, ha sido durante 33 años una presencia continua en mi vida, y además como referencia imprescindible, porque la presencia en sí es sólo un dato, quién sabe si negativo. Presencias anodinas, destructivas, indiferentes, personas que tratamos pero que

no sabemos quiénes son, que no nos importan o no les importamos. Es la tónica de nuestro siglo la particular frialdad de las relaciones, el desconocimiento, la distancia, el silencio.

Lo conocí en 1970, cuando recién terminada la carrera de Derecho comenzamos juntos a hacer la tesis doctoral, absorbente trabajo que en su caso tenía además que compaginar con el de gestor administrativo, profesión a la que se había dedicado hasta entonces y a la que se seguiría dedicando durante algunos años más.

Hablar con él era una delicia. Cuando coincidíamos casualmente en cualquier calle, él de paso a sus tareas de gestor administrativo, yo a las mías en el Archivo de Indias, siempre podía pararse un rato, contar alguna anécdota, tomar un café, a pesar de que entonces su dedicación a la universidad era un trabajo más, y el pluriempleo exige mucho tiempo. Después los años nos dieron muchas más oportunidades para seguir hablando.

Éramos aprendices de investigadores que charlaban sobre sus dificultades, pero además él era ya un poeta con varios libros publicados, y enseguida publicaría uno más, y en este caso fruto de las reflexiones de un regreso, que era también un riesgo: *Universidad: Retorno* (1971).

En él se aunaban la poesía y la aventura del nuevo aprendizaje, las emociones de un vivir *ennoblecido de pasión y estudio*, de caminos paralelos a partir de ese momento pero que a la vez eran uno solo, porque persiguen los mismos valores y se influyen mutuamente. Por eso una de sus partes se llamará «Tres lecciones de historia» y además predomina en su contenido una reflexión sobre la universidad, que se explicita en poemas como «*Alma Mater*». Y es por ello que, para recordarle ahora, es imprescindible escribir sobre sus dos oficios, el de historiador y el de poeta.

Y precisamente aquí, en este *Anuario de Historia del Derecho* cuyos números publicaron algunos de sus artículos, y cuyos lectores están ya suficientemente familiarizados con los trabajos de quienes pertenecen profesionalmente a esta disciplina, es quizás más necesario destacar la verdad y la rara perfección de una obra literaria con la que ha conseguido dar permanencia a su visión del mundo, vencer al tiempo y al olvido.

Porque, en lo relativo a la enseñanza universitaria, del docente quedan recuerdos que se agotan en la generación de quienes fueron sus alumnos, y de muy distinto tipo además según las diversas biografías de los mismos, aunque seguro que en este caso similares en la consideración de su carácter riguroso y amable, lleno de particularidades y atractivos.

La obra del historiador es más permanente, puede ser utilizada en un futuro lejano y desconocido, y quienes entonces lean los libros y los artículos de Alberto García Ulecia podrán aprovecharse de su detallada tesis doctoral sobre *Los factores de diferenciación entre las personas en los fueros de la Extremadura Castellano-Aragonesa*, de sus artículos sobre instituciones mercantiles –*las compañías de comercio o las corredurías de lonja*– y podrán constatar la honradez y el rigor con el que se analizan sus instrumentos documentales y bibliográficos. Son estudios que permanecerán como historia jurídica útil y fiable, como material del que se podrá partir, que permitirá avanzar a quienes estén interesados en esa cronología y en esas instituciones.

Pero las obras científicas sólo muy relativamente contienen la personalidad, las virtudes de sus autores. Y aunque en este caso resulta evidente que, además de ser rigurosas, están muy bien escritas, de Alberto García Ulecia es justo y necesario destacar muy especialmente la enorme sabiduría de su obra poética. Porque es en sus versos donde permanecerá, y con una fuerza que el paso del tiempo no hará sino acrecentar, el particular testimonio de un hombre que fue capaz de armonizar historia y poesía, para que juntas contribuyeran a perfeccionar una obra literaria de un enorme rigor y de una extraordinaria belleza.

Cuando nos conocimos él tenía 37 años y yo 22, y a las inseguridades propias de la juventud y de la difícil opción universitaria elegida, se añadían en mi caso las de una vocación poética, que era también una amenaza. Sabía que estaba ahí y que no puede obviarse, pero me asustaban su tiranía y las dificultades para compaginarla con la vida cotidiana, la familia, el trabajo.

Y esa común vocación nos fue aproximando como amigos, aunque desde luego con la distancia, entonces enorme, de su mayor edad y sobre todo de su sabiduría. El tenerle cerca me proporcionaba también un referente, lo convertía en una tabla de salvación, de respuestas. Yo podía imaginar la realidad de otros poetas a través de lo que leía de ellos, pero eran admiraciones y preguntas que no podían concretarse y él estaba cerca, a mano.

Y en esos primeros años de una relación basada en mi admiración, y también en mi necesidad de aceptar lo que quería ser, hubo ya una primera lección: la de que, a pesar de las enormes diferencias entre él y yo, lo que aprendí fue siempre consecuencia de lo que él era, de lo que surgía naturalmente de su conversación, de sus gustos y de sus lecturas, porque nunca enseñaba.

Poco a poco fui leyendo sus libros, que no llegaron a mí en orden cronológico. Editados por él mismo, y por tanto con escasa distribución, fueron regalos que recibí cuando él lo quiso. Por eso el primero fue el que pude comprar, el que editó la Universidad de Sevilla al poco tiempo de conocernos, y cuya temática estaba tan estrechamente relacionada con ese preciso momento de su vida, con una apuesta insegura y dolorosa.

Él estaba estrenando un oficio universitario que yo también había elegido y lo contaba con palabras verdaderas, ejemplares:

Con un poco de ciencia bajo el brazo,
dulcemente cansado, de regreso,
miras sin ver las sombras –casas, árboles,
urgencias rutinarias y recuerdos–
viviendo en otra patria
de estudio sin rencor, de amor obrero,
de sapiencia jovial y duradera.

Con palabras que eran expresión de sus valores, de su diferencia:

Me esfuerzo en lo que pocos y obtengo solamente
ese dulce cansancio de la tarde abnegada.
Amo lo bello inútil. Entended mi pecado.
Unos dicen: sus cosas. Es tan raro... No quiere,
si quisiera... y no saben que no puedo querer.

Leyéndolo pude acercarme a la definición radical de un yo particular, distinto y con una fuerte conciencia de su rareza, también misterioso. Un misterio además que se mantuvo siempre. Ahora, después de tantos años, sé muy bien que conocí sólo una parte, la que me correspondía, la que nos identificaba como cómplices, como amigos, una amistad que con el tiempo fue afirmándose, haciéndose segura, cierta, en la que no hubo nunca ningún reproche, ningún malentendido.

Después, los muchos libros que siguieron me permitieron conocerlo un poco más, porque la poesía es un intento de decir lo que no puede decirse, lo que nos conmueve, y además hacerlo sin vergüenza a un lector silencioso que nos ha elegido, aunque quizás luego le desilusionemos, a un lector que es también nuestro cómplice, porque de alguna manera las palabras del poeta son también las tuyas, se reconoce en ellas. Y yo aprendí con él a reconocerme, a identificar, con sus emociones, mis emociones. Les puse nombre, sus nombres, y así se domesticaron, perdieron el desasosiego que me provocaban.

Pronto, y en años muy próximos, pude leer dos libros más, uno de tierra y otro de agua: *A flor de tierra* (1972) y *Voz litoral* (1974). En ambos estaba ahora su profunda identificación con el paisaje, con la naturaleza. Sus índices, los títulos de los poemas, eran extraordinariamente representativos de las intenciones del autor, y por eso en el libro terrenal había barro y vino, manos, ojos y huesos: un cuerpo que se identifica en su fusión con el jardín y el bosque. Algunos versos de un breve y bellissimo poema titulado «La siesta» pueden servir de ejemplo:

Como estaba quieto y mudo,
mi sueño y el sol y el aire
me extendieron por la tierra
como al cuerpo de un gigante.
Mido de pie como un bosque
y tendido como un valle.
Alondras, si me levanto;
si me acuesto minerales.

Pero además en el poema «De Córdoba a Sevilla» estaba el relato de una parte de nuestra vida en común, ráfagas veloces del paisaje que contemplábamos en nuestros semanales viajes en tren, autobús o en automóviles de amigos, para dar clases en el entonces Colegio Universitario de Córdoba, y que cobraba con sus palabras un encanto nuevo:

El monte tiene rizos de olivares. Una casucha es un guiño arrugado de cal y luz que se asoma al camino para vernos pasar. Mas no pasamos, es el tiempo y la tierra la que nos pasan arreatadamente. Hay un racimo de chumbera solitaria, abolida, y una palmera ab-derramana. A la vega se asoman casas, cuevas, nublós, espurgabueyes y mandrágoras, para llegar por fin a una ciudad que nunca ve los montes.

También después, en su libro de agua, el primer poema repite esa alegría gozosa del viaje, y con versos que recuerdo a menudo, que he repetido muchas veces mientras conduzco también hacia la playa, como quien pronuncia palabras encantadas capaces de acercarnos a la felicidad:

Si ansioso de ver el mar,
al automóvil te subes
y vas, corre que se corre,
por los campos andaluces,
tu verás como los campos
son cada vez más azules.
... Y es la nostalgia del mar,
que por el pecho te sube
y se te asoma a los ojos
como si fueran azules.

Y a este libro festivo y veraniego, de versos cortos, ágiles, rimados y musicales, le siguieron poco después otros dos, pero esta vez meditativos, nostálgicos, tristes también en sus títulos: *Jazmines póstumos* (1975) y *Cicatrices* (1976). En ellos el hombre es poca cosa –*hombre diré, criatura de naufragio*– y el amor sólo una espuma, una huella que se desvanece: *tuve el amor, como ahora tengo el aire*.

Mi impresión al leerlos, aun reconociendo su belleza innegable, fue de desconcierto. Sobre todo me afectó profundamente el dolor y la desesperanza que había en algunos poemas de *Cicatrices*. Alberto tenía entonces 44 años y yo 28. Él era un hombre maduro, yo no había llegado aún a serlo, me quedaba todavía mucho por aprender. Acostumbrada a su ironía, a su buen humor, a las conversaciones sin prisa, sin tiempo, siempre serenas,

ese duro inventario de dolores me hizo extrañarme, reflexionar. Sus tradicionales temas tenían ahora un complemento fúnebre: «Pueblos deshabitados», «Brindis de la tristeza», «Nocturno de la angustia», «Otra vez el invierno».

Un pasado de guerra, pobreza, ignorancia, exilio, ruinas y muerte. Una adolescencia *sin libertad y sin educadores*, constancia exacta de lo que no tuvo, emocionante resumen también de sus valores. Y esa España mezquina era precisamente su tiempo, el único posible, el escenario que no puede modificarse:

Nadie escoge su origen. No reniega
de un recuerdo quien no escogió ese tiempo
ni esa tierra que hicieron
lo que el recuerdo fue
antes de ser recuerdo.

Algunos años después comprendí que ese inventario de dolores, de cicatrices, se hace precisamente entonces, cuando la madurez nos permite asumir las limitaciones de nuestra vida, ser conscientes de que somos tiempo, angustia, línea de sombra entre un ayer que se aleja y un mañana desconocido. Y al ponerle palabras, al nombrar esas cicatrices, las dejamos atrás, las conjuramos para seguir después más libres, sin miedo ya a lo que hemos reconocido como parte de nosotros, a lo que nos identifica.

Y es por eso por lo que, en el mismo libro y tras la exégesis del dolor, la vida puede seguir con esperanza, porque la conciencia de lo temporal intensifica el goce de los sentidos. Retornan entonces las mismas cosas que siempre amó, y ahora en los pinares las piñas son *fosilizados corazones* y el otoño *una alegría clara temblorosa de trinos*, de crisantemos y de novios que susurran palabras eternas. Huele a romero el aire, y la noche es un raro acorde, una música que *invade como nube el sueño y la vigilia*. Y hay canciones de verano, y evocaciones a ese mundo del flamenco que amaba tanto y del que tanto sabía.

Cuando aparece su siguiente libro, *Paisajes y elegías* (1981), su palabra es de nuevo serena y su mirada vuelve a nombrar lo que nos rodea, para enseñarnos ese mundo secreto que no sabemos ver: las plazas, las calles de Sevilla por las que paseábamos tantas tardes, y otra vez Córdoba, su paisaje, la sierra, los patios.

Era nuestro ir y venir continuo, en el que teníamos tiempo para interminables divagaciones sobre la forma de las nubes, que nos permitía hacer excursiones a los pueblos cercanos, paradas para coger jacintos en las cunetas de las carreteras, que nos obligaba a viajar entre la niebla de los inviernos húmedos, y en coches que hoy serían pura arqueología, para llegar tarde a una facultad helada, en la que teníamos compañeros novelescos, de los que atesorábamos anécdotas que nos ayudaban a olvidar nuestra precariedad laboral, las incertidumbres del futuro.

Era una Córdoba cotidiana y a la vez bellísima, demostración exacta de que el poeta crea también el mundo, amplía nuestra experiencia de las cosas, nos hace partícipes de su sabiduría. Pero además ahora estaba también Cádiz, quizás como presentimiento de lo por venir: *la bahía, las marismas, una elegía azul, un huerto atlántico, las rocas de la playa de «El Chorrillo»*. La tierra y el mar de nuevo, pero esta vez en el mismo libro.

Bastantes años después, cuando se publicó *Fervor de la memoria* (1992), yo había publicado mi primer libro —que Alberto presentaría— y también era ya una mujer madura, que convivía con sus cicatrices y con un oficio —el de poeta— que cuando he necesitado definir, lo he hecho muchas veces utilizando precisamente un poema de este libro, que me enseñó a la vez humildad y vanidad: la humildad de que sólo se puede nombrar lo que es también de todos, la vanidad de tener el valor necesario para intentarlo:

Incierto es el destino de la obra de arte.
 ¿Quién lo ignora? Si insistes, tratando de fijar
 la sed y la hermosura que te depara el mundo,
 no es por creer señora tu voz o tu experiencia.
 Entonamos la misma canción en solitario
 mientras se nos marchita la misma triste rosa.

Su temática es muy similar a la de los libros reseñados anteriormente, y la memoria continúa evocando paisajes, aunque ahora hay en ellos una sensualidad mayor y con un gran protagonismo de los sentidos, especialmente del olfato: *la particular fragancia de la tierra mojada, la del jazmín, el perfume errático de la hierba cortada, el delirante de las damas de noche, el olor de las hormigas aplastadas. El cansancio es ácido, y agrio el perfume de alguna fiesta que se acaba. Los charcos tienen putrefacciones irisadas y las adelfas huelen a nostalgia.*

Este enorme despliegue de matices en el poder evocador de los olores era también en Alberto García Ulecia una llamativa cualidad personal que siempre me impresionaba. Los olores de las personas y las cosas eran una referencia imprescindible en sus recuerdos, el catalizador de su nostalgia.

Fueron pasando los años, y añadiéndose libros a su bibliografía y a mi biblioteca. Hay algunos más de poesía, y otros de prosa, no intento hacer una reseña completa, sería demasiado largo. Terminaré con dos de rara perfección: *Moctezuma* (1981) y *El fantasma de Tübingen* (2001).

El primero, publicado por la Universidad Autónoma de México, tuvo escasa difusión por los condicionantes del editor, y también escaso eco, y en este caso por otras razones. El saber que grandes escritores fueron ignorados en su tiempo no nos ha hecho aprender, y continúa siendo muy difícil tener perspectiva, apreciar en su verdadera dimensión a nuestros contemporáneos. Consiguen más audiencia los poetas de oficio, los que han aprendido a jugar con palabras vacías de significado, a construir artificios petulantes y oscuros, y a los que el viento de los años acabará arrastrando como lo que son: hojas secas.

En estos dos libros, tan diferentes en su lenguaje y en su temática, hay sin embargo una raíz común, un método que viene de su otra profesión, la universitaria. Hay técnicas de investigador, precisión de jurista, consulta bibliográfica, los recursos de una cultura previamente identificada y asumida. En el caso de *Moctezuma*, la obra es consecuencia de su interés por la cultura mejicana, que aumentó tras un viaje realizado para asistir a un congreso de Historia del Derecho. Lo recuerdo yendo y viniendo de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos documentándose, consultando crónicas, algunas de las cuales aparecen citadas al inicio del libro.

Necesitaría mucho tiempo, mucho trabajo, para acercarme a la complejidad de la sabiduría y de la belleza que contiene. En poemas independientes pero sucesivos, el poeta hace historia, cuenta hechos, inventa paisajes, y sobre todo reflexiona sobre el destino del hombre, sobre el poder, sobre la libertad.

Ahora sus palabras tienen que ajustarse a otra realidad y por eso se impregnan *del nopal y del águila*, evocan un paisaje colorista, florido *de chinampas, buvardias, damasquinás y clavelones*, barrido por torrenciales lluvias que encharcan *una tierra roja y verde como en un tornasol de guacamayos*. Otra naturaleza, pero el mismo hombre, también nosotros, que duda y teme, que elige, que se enfrenta a un destino anunciado para rendirse al fin, para aceptarlo porque la vida es sólo un sueño:

Sólo venimos a soñar. No existe
 libertad para el hombre. Su poder,

su gloria, su desgracia, sueños son.
Despertar o morir es el destino.

Es un libro inagotable, que enseña siempre, que sigo releendo continuamente, como releo el último, *El fantasma de Tübingen*, siempre a mano, para guiarme, para consolarme, para seguirlo intentando, para seguir viviendo.

De nuevo el investigador paciente, su sabiduría, su honradez. La voz de Hölderlin y la suya, con el paisaje de fondo de la ciudad de Tübingen, unidas en un *rompecabezas luminoso y atormentado*, para contarnos los secretos de la vocación poética, la búsqueda incansable de la libertad, la verdad y la belleza, con todas sus dudas, con todo su dolor. Una vocación que también yo sé ahora *que si se desobedece nos arruina y si se sigue nos pierde*, que no deja escapatoria.

En este caso es igualmente imposible valorar el libro en pocas líneas, son muchos temas y demasiado profundos. El propio autor lo advierte en el pequeño prólogo inicial: es un libro en el que palpita *lo fundamental de la Poesía y lo más esencial del poeta que es la asunción absoluta de su destino*. Es el testamento magnífico de alguien a quien muchos conocimos en su vida cotidiana, pero a quien era imposible conocer del todo. En él están la vida y la muerte, también su vida y su muerte.

Desde 1988 era catedrático en la Facultad de Derecho de Jerez, y ese mar cercano, el mar de Cádiz que tanto amaba, ya había sido anunciado, muchos años antes y como premonición, como el lugar de su última cita:

Cada vez que el otoño desteñido
con su silencio rumoroso vuelve,
vuelve también la playa solitaria,
su invicta claridad, su olor, su música
resonando en el fondo de tu vida.

... Allí el rescate
de tu niñez; tal vez la última cita.

Quienes le conocimos, hemos conocido una parcela de su vida, de su forma de ser, de su sentido del humor, de su bondad. Pero en tantos poemas escritos secretamente, pacientemente a lo largo de los años, Alberto García Ulecia ha conseguido eternizar sus cicatrices y sus alegrías, su manera de entender el mundo. Y además se ha acordado de nosotros, de quienes le quisimos, y por eso escribió también palabras que nos consuelen hoy de su ausencia:

La muerte siempre salva lo que mata, lo torna invulnerable ante la vida. Salvación es recuerdo... Todo aquello que amamos coincidentes, todo se acabará. No te dé pena. Evita pena inútil, labor vana.

RAQUEL RICO LINAGE

JEAN SERMET (*IN MEMORIAN*)

A principios de febrero de 2003, fallecía en su domicilio de Toulouse el profesor Jean Sermet, Catedrático de Geografía de la Universidad de Toulouse II. Pese a haber sobrepasado los noventa años, tuvo casi hasta el final una asombrosa actividad. Baste recordar